

● La única novela publicada por el veterano crítico judeo-norteamericano Hillel Halkin cuenta la conmovedora historia de un amor perdurable, felizmente alejada de los tópicos sentimentales

Elogio de la impureza

¡MELISANDE! ¿QUÉ SON LOS SUEÑOS?

Hillel Halkin. Trad. Vanesa Casanova. Asteroide. Barcelona, 2014. 264 páginas. 18,95 euros

Ignacio F. Garmendia

No es habitual que un escritor dé a conocer su primera novela a los 73 años, pero ese ha sido el caso del ensayista y crítico neoyorquino Hillel Halkin, traductor del hebreo y del *yiddish* y residente en Israel desde hace décadas. Menos aún lo es que esa primera novela, publicada por Asteroide dos años después de la edición original, sea una obra no sólo convincente sino por momentos estremecedora, que nos recuerda que las historias de amor no tienen por qué responder a los penosos estereotipos de tantos subproductos ilegibles. A grandes rasgos, *¡Melisande! ¿Qué son los sueños?* cuenta las peripecias de tres amigos, dos muchachos y una chica, que se conocen en el instituto y establecen a partir de entonces vínculos muy estrechos, pero la historia, que comienza narrando una suerte de triángulo a lo *Jules y Jim* –cabe recordar que Roché escribió esa novela, anterior a *Dos inglesas y el amor* y también su primera, a los 74 años–, avanza hasta centrarse en las relaciones que acaban por unir a dos de ellos.

No puede afirmarse que el contexto evocado en la primera parte, aunque sugerente, sea particularmente novedoso: aventuras en la *carretera* o viajes a la India, seducción por las filosofías del Oriente, turbulencias asociadas a la *caza de brujas* o la guerra de Vietnam, excesos no sólo ideológicos de la generación –con sus mártires y supervivientes– que soñó la

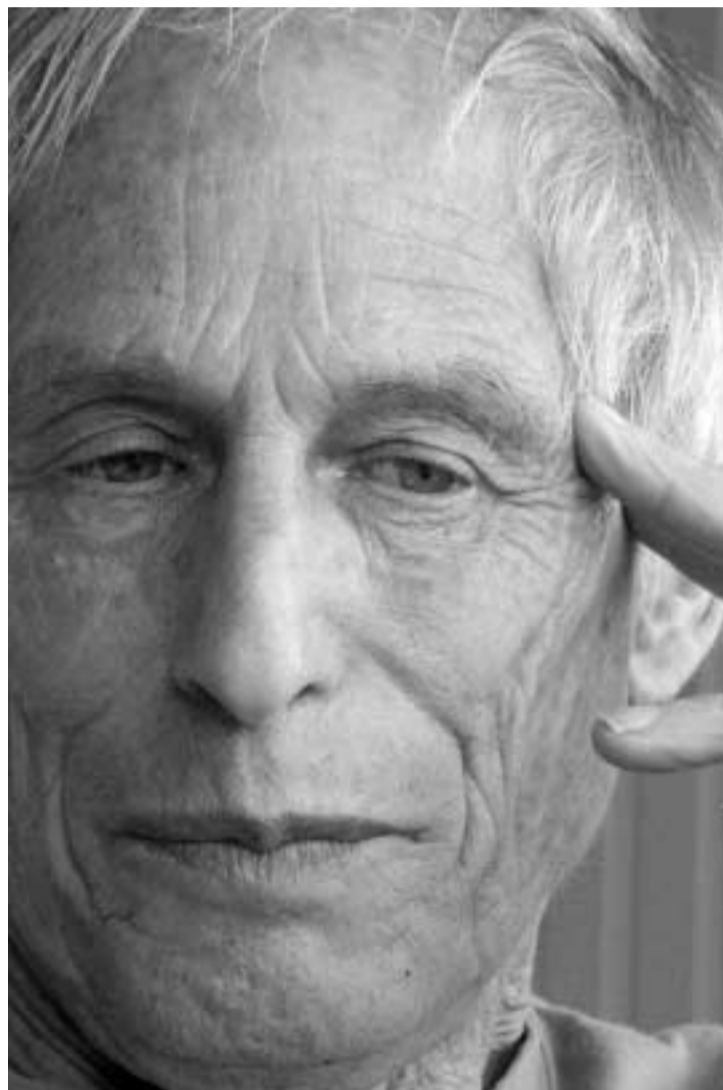
revolución y abanderó la contracultura. Tampoco lo es la descripción, años después, de las rutinas de los departamentos universitarios o de las vidas ya asentadas de la clase media. Es la forma en que Halkin nos cuenta todo eso –una larga carta donde se hace recuento de lo vivido– la que consigue elevar episodios no excepcionales a la categoría de experiencias reveladoras. Pese a que uno de los protagonistas, Hoo, es profesor de Clásicas y la otra, Melisande o Mellie, dedica su malograda tesis doctoral a Keats, las referencias literarias –entre ellas



los versos de Heine que justifican el título– no suenan nada pretenciosas, se inscriben con naturalidad en el discurso de la novela y no aportan ni un gramo de artificio a una

trama que rebosa vida por los cuatro costados. Hay en la escritura de Halkin un lirismo, para nada inocuo, que no rehúye llamar a las cosas por su nombre ni evita las realidades ásperas, porque el amor que no se mancha –parece decirnos el autor– no es más que una figuración evanescente.

Con la interpolación de un sorpresivo y excelente pasaje bíblico que confiere humanísima encarnadura a la pregunta capciosa de los saduceos, cuando para negar la resurrección le plantearon al Maestro con quién estaría en la otra vida una mujer que hubiera enviudado de siete maridos –todos hermanos y casados con ella en sucesivas nupcias, en virtud de la ley mosaica que instituía dicha obligación a las viudas que no



El escritor, traductor y crítico Hillel Halkin (Nueva York, 1939) retratado en 2011.

hubieran tenido descendencia–, Halkin avanza el drama de la infertilidad que tratará a continuación en páginas duras, como lo fueron antes las dedicadas al aborto o después a la infidelidad, donde se reflejan los miedos, las inseguridades, los sentimientos de culpa, sin mensajes encubiertos ni contaminaciones de ninguna clase, de ma-

nera recia, comprensiva y honesta. La sutileza del narrador se muestra asimismo en ciertas reiteraciones –los propios versos de Heine o el episodio del estanque de aguas heladas, que tiene el valor de una epifanía– y cuando refiere, por boca del autor de la carta o de su destinataria, historias alusivas a las relaciones entre ellos, como en la

escena del juego de la guerra mundial –alianzas, ofensivas, contraataques– o en el cuento de la princesa cautiva que huye del castillo y se une a dos peregrinos sin saber adónde le llevarán sus pasos. También cuando da cuenta de la vida cotidiana de la pareja a partir de las notas, guardadas en los libros de entonces, que testimonian los recados mínimos o las decisiones irreparables.

El alma *se hace*, sostenía Mellie en su trabajo sobre Keats, no nos llega de un lugar anterior al nacimiento ni tiene otra sustancia que la que sepamos o podamos darle. Todos los hijos, dice Hoo en otro momento, son en cierto sentido adoptados. En el último tramo de la novela, el profesor desmiente a los filósofos neoplatónicos que han sido su objeto de estudio: “Creían

Hay en la escritura de Halkin un lirismo que no evita las realidades ásperas

que al alma, al alma sabia, le alegraría librarse de su carga. Ignoraban que no tendría consuelo, que siempre penaría por las piernas que la habían sustentado, por los brazos que hacían su trabajo, por la boca que le daba de comer, por los pómulos en los que sentía el viento”. En otras palabras, no se puede disociar el espíritu de la carne y el alma sin esta –alma en penas es un mero espectro, de ahí que el recuerdo del amor pueda ser tan doloroso cuando los cuerpos han perdido el contacto. El final se presenta maravillosamente abierto, pero eso ha quedado claro. La felicidad posible, toda la belleza del mundo, las “mil vidas” potenciales que cabe imaginar, tienen los contornos precisos e insustituibles de la persona amada.

EL HOMBRE SIN ROSTRO

Luis Manuel Ruiz. Salto de página. Madrid, 2014. 222 páginas. 16,90 euros

Manuel Gregorio González

Desconozco si la intención del autor ha sido la de transmitir al lector cierta idea de la máquina. El hecho es que la lectura de *El hombre sin rostro* nos retrotrae, nos inmerge en la hora cenital del maquinismo: el tren, el automóvil, los transatlánticos, las rotativas, el alumbrado urbano, el silencio claustral de los laboratorios... Ése el mundo que sucede de inmediato a las grandes exposiciones uni-

Idea de la máquina

versales del XIX, y que Benjamin ha resumido nebulosamente, como en un inmenso bibelot, en su *Obra de los pasajes*. Es también el mundo que precede, sin que nadie lo advierta, a la vasta cañonería de la Gran Guerra.

El hombre sin rostro es, por otra parte, una novela de ciencia-ficción. Una novela que ocurre en el Madrid del año ocho (1908), y cuyo desenvolvimiento, cuyo humorismo, cuyo estrépito, quizá le de-

ba algo a la gran novela, deslumbrante y absurda, de Jardiel Poncela. Como obra de *science-fiction*, es fácil relacionar esta novela de



Luis Manuel Ruiz con *La krakatita* (1924) de Kapec. No obstante, lo que en Kapec fue avizoramiento, porvenirismo, cierto auspicio visionario (la in-

vención de un arma formidable, que fragmentaría el átomo), en *El hombre sin rostro* es ya, inevitablemente, la mirada erudita hacia un ayer que hoy se nos ofrece encapsulado y accesible. Es decir, la obra de Luis Manuel Ruiz es una fantasía *retro*, ambientada en el mundo que soñó e hizo posible la *science-fiction*. Ése es parte indudable del encanto de esta novela, entre cordial, ingenua y trepidante. Que además ocurra en Madrid,

en el Madrid “absurdo, brillante y hambriento” que dibuja Valle en sus *Luces de bohemia*, no hace sino aproximarnos a esa hora fugaz de esplendor maquínico y grandes hallazgos con que se abrió el XX. A esto cabe añadir que la novela, si bien está llena de cabezas prominentes de la restauración, también hay gacetilleros exánimes y alguna joven *sportswoman*, de atractivo andrógino, que atemoriza a la ciudad a bordo de su auto. Si se me permite decirlo así, *El hombre sin rostro* es una novela europea, a la manera de Rocambole, sobre la vieja y expectante Europa de entresiglos.